

# Voy a hablar de resiliencia

Resiliencia frente a la adopción

**Olmo Gómez Aldaz**

**Texto preparado para el panel abierto «Diferentes voces»**

Jornadas «Caminos de Resiliencia» · XV Aniversario de La Voz de los Adoptados

20 de junio de 2026 · Ministerio de Juventud e Infancia, Madrid

Página del evento: <https://www.lavozdelosadoptados.es/jornadas/>

DOI

10.5281/zenodo.20773484

COMUNIDAD ZENODO

Testimonies of Olmo Gómez Aldaz

# Nota editorial

---

Este documento recoge un texto preparado como intervención para el panel abierto «Diferentes voces», programado de 16:00 a 17:00 dentro de las jornadas «Camino de Resiliencia», XV Aniversario de La Voz de los Adoptados, celebradas el 20 de junio de 2026 en el Ministerio de Juventud e Infancia, Madrid. El texto se presenta como testimonio personal y posición crítica sobre adopción, identidad, origen, filiación, resiliencia y abolición de la adopción.

## FICHA DOCUMENTAL

<b>AUTOR</b>	Olmo Gómez Aldaz
<b>TÍTULO</b>	Voy a hablar de resiliencia
<b>SUBTÍTULO</b>	Resiliencia frente a la adopción
<b>TIPO DE DOCUMENTO</b>	Testimonio / intervención preparada
<b>EVENTO</b>	Jornadas «Camino de Resiliencia» · XV Aniversario de La Voz de los Adoptados
<b>PANEL</b>	Panel abierto «Diferentes voces»
<b>FECHA Y LUGAR</b>	20 de junio de 2026 · Ministerio de Juventud e Infancia, Madrid
<b>DOI</b>	10.5281/zenodo.20773484
<b>VERSIÓN</b>	1.0
<b>COMUNIDAD ZENODO</b>	Testimonies of Olmo Gómez Aldaz

# Voy a hablar de resiliencia

Voy a hablar de resiliencia. Y sé que hablar de resiliencia en un espacio como este no es hablar de una palabra cualquiera.

Muchas de las personas que estáis aquí probablemente veis la adopción como una forma de protección, de reparación o incluso de resiliencia. Algunas trabajáis dentro del sistema que la sostiene, la organiza, la estudia o la acompaña. Otras habéis vivido la adopción desde lugares distintos.

Yo voy a hablar desde otro lugar. Voy a hablar como persona adoptada. Y voy a hablar desde una adopción fallida.

Durante mucho tiempo, el relato habitual sobre la adopción coloca el daño antes de la adopción. Primero habría una pérdida, una carencia, una dificultad familiar, una herida previa. Después llegaría la adopción como respuesta. Como reparación. Como oportunidad. Como nuevo comienzo.

Desde ese relato, la persona adoptada sería resiliente gracias a la adopción.

Mi experiencia me ha llevado a otro lugar. En mi historia, el daño fundamental no quedó fuera de la adopción. Estuvo dentro de la adopción. Fue producido, sostenido y agravado por ella. Por eso, cuando hablo de resiliencia, no hablo de resiliencia gracias a la adopción. Hablo de resiliencia frente a la adopción.

Esa diferencia lo cambia todo. Porque si la adopción se presenta como reparación, el adoptado que no encaja en ese relato aparece como problema.

Si la adopción se presenta como salvación, quien dice que fue dañado por ella parece ingrato, conflictivo o incapaz de reconocer lo que supuestamente recibió.

Pero hay adopciones que fallan. Hay adopciones que no reparan. Hay adopciones que borran. Hay adopciones que sustituyen una identidad por otra. Hay adopciones que organizan una vida entera alrededor de una ficción. Yo también viví dentro de esa ficción. Yo también viví dentro del relato adoptivo.

Durante casi cuarenta años viví dentro del relato adoptivo.

Y esa es una de sus trampas: puedes hacer una vida entera dentro de la niebla. Puedes estudiar, trabajar, amar, casarte, tener hijos, divorciarte y seguir sin haber llegado todavía a tu identidad de nacimiento.

Yo llegué así, después de una vida aparentemente completa, al momento de buscar mis orígenes.

Esto es parte fundamental de lo que quiero decir. La niebla adoptiva puede durar décadas. Puede ser compatible con una vida aparentemente normal. Puede permitirte funcionar, estudiar, trabajar, tener hijos... Y, aun así, estar viviendo dentro de una identidad que obedece a una ficción jurídica. Por eso hablo de síndrome de Estocolmo.

Lo digo desde dentro. Yo también estuve ahí. Durante cuarenta años habité el relato adoptivo y viví dentro de la estructura que había sustituido mi identidad de nacimiento.

Y creo firmemente que uno de mis grandes actos de resiliencia está siendo salir de ahí. Salir del relato adoptista. Salir de esa niebla. Dejar de vivir dentro de una identidad que la adopción había impuesto sobre mi identidad por nacimiento.

Mi proceso de resiliencia empezó cuando busqué mi origen y empezó a desvelarse la realidad que me había sido negada. Recuperé mi origen mediante ADN. Encontré a mi padre. Encontré a mi hermana. Y descubrí que mi madre llevaba veinte años muerta.

Recuperé una realidad que había estado tapada durante décadas. Y entendí algo esencial: recuperar mi identidad de nacimiento no iba a ser solo encontrar mi origen, mi padre, mi hermana o mi historia. Iba a ser enfrentarme a la adopción como sistema:

Recuperar mi identidad de nacimiento me puso frente a la adopción como sistema.

Porque cuando una persona adoptada dice: “esta identidad adoptiva no me representa”, no se mueve solo una pieza. Se mueve todo. Se mueve la familia adoptiva. Se mueve la familia biológica. Se mueve el registro. Se mueve el relato social. Se mueve la idea cómoda de que la adopción siempre acaba bien si se gestiona con afecto, con madurez o con buenas intenciones.

Y entonces aparece la violencia. A veces como rechazo. A veces como silencio. A veces como sospecha. A veces como patologización. A veces como la necesidad de tener que demostrar judicialmente algo tan básico como quién eres.

En mi caso, identificarme con mi identidad de nacimiento llegó a ser interpretado como psicosis en una consulta de urgencias, y acabé dos días ingresado violentamente en un psiquiátrico. Ese es un hecho brutal.

La verdad de mi origen fue leída como delirio. Decir quién era fue tratado como síntoma. La identidad que la adopción había borrado tenía que ser recuperada, sostenida y defendida incluso frente a quienes la consideraban una señal de locura.

Años después, lo que quedó acreditado y peritado no fue una psicosis. Fue una depresión crónica con ansiedad, de origen exógeno, vinculada a todo lo vivido. Esto importa porque no estamos hablando de una fragilidad individual desconectada de los hechos. Estamos hablando del daño que puede producir una estructura cuando primero borra una identidad y después castiga, cuestiona o patologiza a quien intenta recuperarla.

Por eso digo que mi historia es una historia de resiliencia frente a la adopción.

Mi resiliencia no consistió en adaptarme mejor al relato adoptivo. Consistió en salir de él.

Consistió en dejar atrás la garra de la adopción. Consistió en recuperar mi identidad de nacimiento. Consistió en llevarla a los juzgados. Consistió en conseguir que se reconociera mi filiación de nacimiento (o biológica).

Consistió en alcanzar una doble filiación: porque mi adopción aún sigue existiendo, pero mi filiación biológica ahora está reconocida con plenitud de efectos.

Consistió también en ser reconocido por el ministerio de memoria democrática como víctima en el marco del franquismo. Consistió en poder decir que fui traficado. Y consiste todavía en seguir reclamando la nulidad de mi adopción.

Todo esto es el fruto de mi resiliencia.

No es una palabra amable. No es una idea bonita. No es una categoría cómoda para una jornada. Es una lucha concreta por recuperar lo que era mío.

También está siendo una lucha con cicatrices. Porque hoy, salir de la adopción no significa salir intacto. Significa salir marcado. Con vínculos rotos. Con salud dañada. Con años de desgaste. Salir con un coste vital enorme.

Y sobre todo significa poder decir: esta es mi identidad natural. Esta es mi historia. Estos fueron mis padres, y estos son mis apellidos.

Esta es mi realidad.

Y desde ahí hablo.

No hablo desde una teoría. No hablo desde una hipótesis. Hablo desde una adopción fallida y desde el proceso de haber sobrevivido a ella.

Por eso me cuesta aceptar que se hable de resiliencia como si la adopción fuera, en sí misma, buena o sana. Desde mi punto de vista, la adopción produce muchas veces otra cosa. Produce una forma de dependencia emocional, simbólica y narrativa respecto a la estructura que ha organizado tu vida.

Produce la necesidad de defender aquello que te ha dado pertenencia, aunque esa pertenencia haya exigido borrar tu origen. Produce miedo a mirar la adopción como daño, porque hacerlo puede poner en riesgo el relato completo sobre la propia vida.

Yo a eso lo llamo síndrome de Estocolmo.

Sé que suena duro. Pero más duro es exigir a una persona adoptada que agradezca la estructura que sustituyó su identidad. Más duro es pedirle que llame familia, suerte o salvación a aquello que quizá le impidió saber quién era.

Más duro es que quien rompe ese relato quede señalado como ingrato, conflictivo, inestable o excesivo.

Y esto no me afecta solo a mí. Mi historia es mía, pero no está aislada. Hay muchas adopciones fallidas. Hay muchas personas adoptadas que no encuentran un lugar dentro del relato feliz de la adopción. Hay muchas personas adoptadas que han sufrido muchísimo más que yo. Y algunas no han sobrevivido.

Esto no puede quedar fuera de la conversación.

Porque si una institución produce un número significativo de vidas rotas, no basta con decir que a otras personas les fue bien. Si una institución necesita ocultar sus fracasos para seguir pareciendo buena, hay que mirar esa institución con honestidad. Y si una institución convierte el borrado de origen en un mecanismo normalizado de “protección”, hay que preguntarse qué clase de protección es esa.

Para mí, la pregunta ya no es cómo mejorar la adopción. La pregunta es por qué seguimos llamando protección a una institución que puede borrar identidad, sustituir filiación, imponer pertenencia y después castigar al adoptado que intenta recuperar su realidad.

Una sociedad que quiere proteger a menores necesita hacerlo de otra manera. Necesita proteger sin borrar. Necesita cuidar sin sustituir identidad. Necesita garantizar derechos sin fabricar ficciones familiares. Necesita construir formas estables de acogida, permanencia, cuidado y protección que no obliguen al menor a dejar de ser quien es para poder ser querido, cuidado o reconocido.

Defiendo una acogida permanente reformada, fuerte, con derechos reales, con estabilidad, con protección material y jurídica suficiente. Y sin borrado de identidad, sin ruptura artificial con el origen.

Sin la fantasía de que el menor llega vacío. Sin convertir a los adultos que cuidan en propietarios simbólicos de una nueva identidad. Porque el problema de la adopción no está solo en sus abusos. Está en su estructura. Está en la sustitución. Está en el borrado.

Está en la ficción de que una identidad puede ser reemplazada por otra y que eso, si se hace legalmente, se convierte en reparación.

Mi caso muestra otra cosa.

Primero recuperé mi identidad de nacimiento. Después conseguí en los juzgados el reconocimiento de mi filiación biológica. Después conseguí el reconocimiento como víctima en el marco del franquismo. Y aún sigo reclamando la nulidad de mi adopción porque considero que fui traficado.

Pero hay una cosa objetiva: jurídicamente sigo siendo una persona adoptada. Que hayan traficado conmigo no me hizo menos adoptado.

Yo solo soy un ejemplo de la consecuencia: que una persona adoptada que no conoce su origen todavía no sabe si también traficaron con ella. Y esa cuestión debería importarnos mucho más.

Toda esta historia está recogida en mi libro. No como una historia de superación. No como una reconciliación con la adopción. Sino como el relato de una adopción fallida, de una identidad recuperada, de una doble filiación reconocida judicialmente, de una violencia sostenida y de una resiliencia construida frente a la adopción. El libro existe porque necesitaba dejar constancia. Callar habría sido seguir colaborando con el silencio que sostiene la adopción.

Porque lo que no se nombra se pierde. Porque lo que no se documenta se niega. Porque durante demasiado tiempo la adopción ha contado con el silencio de quienes no podían hablar sin pagar un precio enorme.

Yo he pagado ese precio.

Y, aun así, estoy aquí.

Mi resiliencia me ha llevado a esta conclusión: creo que la adopción debe ser abolida.

Y no soy el único.